

Sucedió en la fiesta de cumpleaños de Rashel, el día que cumplía cinco años.

—¿Podemos entrar en los tubos?

Celebraba su cumpleaños en una feria ambulante y encontró en ella la mayor estructura de tubos y toboganes a los que encaramarse que había visto nunca.

—Muy bien, gatita —consintió su madre con una sonrisa—, pero cuida de Timmy. Él no es tan rápido como tú.

Fue lo último que le dijo su madre.

De todos modos, Rashel no necesitaba que se lo recordasen, porque ella siempre cuidaba de Timmy, que tenía un mes menos que ella y ni siquiera iría al jardín de infancia al año siguiente. El pequeño tenía un sedoso cabello negro, ojos azules y una sonrisa muy dulce; los cabellos de Rashel también eran negros, pero sus ojos eran verdes, «verdes como esmeraldas», decía siempre su madre. Verdes como los de un gato.

Mientras trepaban por entre los tubos no dejó de ir mirando hacia atrás para no perder de vista a su compañero, y cuando llegaron a una larga hilera de peldaños acolchados de vinilo

—resbaladizos y de los que resultaba fácil caerse— le extendió una mano para ayudarlo a subir.

Timmy le sonrió radiante; sus ojos azules brillaban de pura adoración. Cuando ambos hubieron gateado hasta lo alto de la escalera, Rashel le soltó la mano.

Mientras se dirigía hacia la telaraña, una enorme habitación construida totalmente de cuerda y red, la pequeña iba echando continuos vistazos, cada dos por tres, por una ventana en forma de ojo de buey que había en uno de los tubos, por la que veía a su madre, que la saludaba desde abajo. Pero entonces otra madre llegó para hablar con la suya y Rashel dejó de mirar al exterior. Los padres nunca parecían capaces de conversar y saludar al mismo tiempo.

Concentró la atención en recorrer los tubos, que olían como a plástico con un toque de calcetines usados. Fingió que era un conejo en un túnel, y no perdió de vista a Timmy... hasta que llegaron al pie de la telaraña.

Se habían adentrado mucho hacia la parte posterior de la estructura, y no había otros niños por allí, ni mayores ni pequeños; no se oía prácticamente ningún ruido. Una cuerda blanca con nudos a intervalos regulares se alzaba por encima de Rashel, hasta una gran altura; conducía hasta la telaraña misma.

—De acuerdo, tú te quedas aquí y yo subiré y veré cómo puedes hacerlo —le dijo a Timmy.

Era una especie de mentirijilla, porque lo cierto era que no creía que Timmy pudiera lograrlo, pero si esperaba a que él lo hiciera, ninguno de los dos subiría.

—No, no quiero que vayas sin mí —le rogó Timmy, y había un deje de ansiedad en su voz.

—Sólo tardaré un segundo —respondió ella; como sabía qué era lo que él temía, añadió—: Ningún niño mayor va a venir a empujarte.

Timmy seguía mostrándose dubitativo, por lo que Rashel inquirió en tono serio:

—¿No querrás pastel de helado cuando volvamos a mi casa?

Ni siquiera era una amenaza velada. Timmy pareció confundido, aunque en seguida suspiró pesadamente y asintió.

—Vale, esperaré.

Y aquello fue lo último que Rashel le oyó decir.

Escaló la cuerda. Era aún más arduo de lo que se había imaginado, pero cuando llegó a lo más alto fue maravilloso. El mundo entero era una masa de malla serpenteante en movimiento, y tuvo que agarrarse con ambas manos para mantener el equilibrio e intentar enrollar sus pies en los bastos e inconsistentes pedazos de cable. Podía sentir el aire y la luz del sol. Lanzó una carcajada jubilosa y brincó, contemplando los tubos de plástico de colores que la rodeaban.

Cuando volvió a bajar los ojos para mirar a Timmy, éste ya no estaba allí.

Rashel sintió un nudo en el estómago. Timmy tenía que estar allí. Había prometido esperar.

Pero no estaba; podía ver toda la habitación acolchada de debajo de la telaraña desde su posición, y estaba vacía.

De acuerdo, debía de haber regresado a través de los tubos. Rashel inició la marcha, avanzando entre tropezones y oscilaciones, de un asidero a otro, hasta llegar a la cuerda. A continuación descendió rápidamente por ella e introdujo la cabeza en un tubo, pestañeando en la penumbra.

—¿Timmy?

Su voz sonó como un eco amortiguado. No hubo respuesta y lo que pudo ver del tubo estaba vacío.

—¡Timmy!

Rashel empezaba a notar una sensación muy desagradable en el estómago. Mentalmente, seguía oyendo las palabras de su

madre: «Cuida de Timmy». Pero no había cuidado de él; y podía encontrarse ya en cualquier parte, perdido en la gigantesca estructura, puede que llorando, puede que recibiendo empujones de niños mayores. Puede que incluso fuese de camino a contárselo a la madre de Rashel.

Fue entonces cuando vio la brecha en la habitación acolchada.

Era justo lo bastante grande para que pasara a través de ella un niño de cuatro años o uno de cinco muy delgado. Era un espacio entre dos paredes mullidas que conducía al exterior; Rashel supo al instante que Timmy había salido por allí; era muy propio de él tomar el camino más rápido para salir de cualquier sitio. Probablemente iba de camino a ver a la madre de Rashel justo en aquellos precisos momentos.

Rashel era una niña de cinco años muy delgada, así que culebreó a través de la abertura, atorándose sólo una vez, y en seguida estuvo fuera, jadeando en la polvorienta sombra.

Estaba a punto de continuar hacia la parte delantera de la estructura para trepar cuando reparó en el aleteo del faldón de la tienda.

La tienda estaba hecha de brillante vinilo y las listas rojas y amarillas eran de un color más intenso que los tubos de plástico. El faldón suelto se agitaba con los impulsos de la brisa y Rashel advirtió que cualquiera podía alzarlo y pasar al interior.

Timmy no habría entrado allí, seguro, se dijo. No era de los que haría algo así. Pero, sin saber por qué, Rashel tuvo un curioso presentimiento.

Contempló fijamente el faldón y vaciló; el aire olía a polvo y a palomitas. *Soy una chica valiente*, se dijo, y avanzó sigilosamente. Presionó sobre la tienda junto al faldón para ensanchar la abertura, y estiró el cuello para atisbar dentro.

Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero el olor a palo-

mitas era más fuerte. Avanzó más y más hasta encontrarse finalmente dentro de la tienda; y entonces sus ojos se adaptaron y se dio cuenta de que no estaba sola.

Había allí un hombre alto, vestido con una gabardina de color claro, a pesar incluso de que fuera hacía calor. El hombre no pareció advertir la presencia de Rashel porque sostenía algo en los brazos y su cabeza estaba inclinada sobre ello, haciéndole algo.

Cuando Rashel vio lo que hacía, supo que los adultos habían mentido al decir que los ogros, los monstruos y las cosas de los cuentos de hadas no eran reales.

Porque el hombre alto tenía a Timmy, y se lo estaba comiendo.